

## MI MEMORIA DEL TEATRO

**IGNACIO ARANGUREN**



Catedrático de Literatura, escritor y director de teatro. Tras más de 35 años impartiendo cursos de teatro, Ignacio Aranguren (Pamplona, 1953) acaba de ser reconocido con el Premio Príncipe de Viana de la Cultura 2016.

A lo largo de mis cuarenta años de idas y venidas por el teatro, a menudo me han hecho una pregunta que, aún hoy, me sigue produciendo cierta inquietud. No obstante, la pregunta resulta en principio bastante inocente: «Ignacio, ¿y tú cómo descubriste el teatro?».

En el momento de contestar, uno se cuestiona a su vez si el preguntón estará esperando una respuesta de esas que delatan un buen pedigrí artístico. Y para no defraudar, uno estaría a punto de evocar alguna dorada tarde de adolescencia en la que fue raptado y seducido por el misterio del teatro tras presenciar un Shakespeare que, ya puestos, estaba hecho en inglés y por la *Royal*. Tampoco quedaría mal y tendría su punto evocar tempranas curiosidades intelectuales por las vanguardias artísticas y los autores malditos. La respuesta debería acompañarse con la adecuada puesta en escena. Lástima que haya dejado de fumar, porque no hay como el humo del cigarrillo –o mejor, de una cachimba– para apoyar una mirada perdida y un tono de confianza. El preguntón en cuestión no quedaría defraudado y el preguntado, o sea, yo, acometería una aceptable interpretación del intelectual setentero que se le supone.

Pero no. Uno nació en Pamplona en el Casco Viejo y pasó su adolescencia yendo y viniendo al instituto masculino de la Plaza de la Cruz entre reválidas y algún que otro himno. Así es que de intelectual precoz más bien poco. Hombre, en la familia sí que había algún antecedente artístico e incluso se daban algunas veladas teatrales en el comedor. Sin ir más lejos, mi hermana mayor se hacía con papeles de *prota* en las funciones de la parroquia y los ensayaba en casa, y en el día de su onomástica *le echaba unas poesías* al párroco llenas de expresividad corporal y matices vocales. Pero esta nueva Margarita Xirgú apenas intervino en mi vocación, ya que no perseveró en su carrera dramática, por lo que la escena parroquial decayó mucho tras su retirada.

Descartados los antecedentes familiares que también podían impresionar lo suyo, me queda recordar que al comienzo de mi interés por el teatro se cruzó por medio una enfermedad. Aquí sí hay un titular para una



noticia. Por lo menos a toda biografía artística siempre le va bien una larga convalecencia, algo así como un periodo de maduración. Y yo lo tuve, aunque fugaz. Recuerdo que en el bachillerato estuve una temporada escayolado y por lo tanto *exento* temporal de gimnasia, aunque me hacían ir a clase. Así, mientras los demás nadaban con el meyba en la piscina de Goroabe o corrían con la pantaloneta de algodón por el estadio Ruiz de Alda, este pobre tullido entretenía su soledad en el graderío leyendo a Casona, que era para mí como Shakespeare, pero en mucho más facilito.

Así, del teatro leído pasé pronto al teatro representado. Por aquella época al Teatro Gayarre solían venir algunas compañías de repertorio en los llamados *Festivales de España*. Por treinta pesetas, unos veinte céntimos de euro, uno se podía ver un Benavente o un Calderón. Un Valle-Inclán no porque, para una vez que se monta *Luces de bohemia*, va y la prohíben en Pamplona; creo recordar que aquí estábamos en *estado de excepción*.

Pero aquel contacto con el teatro visto desde *el gallinero* tampoco me duró demasiado. Cierta día, un portero del Gayarre me pidió el carné de identidad y, como yo no tenía ni carné ni edad, me puso de patitas en la avenida de Carlos III, donde supliqué a la taquillera que me devolviera mis treinta pesetas. Le debí de parecer tan *friki*, que accedió. Pero me quedé sin ver *El concierto de san Ovidio*, un drama histórico de Buero Vallejo que a mi portero cortafuegos le debía parecer entonces demasiado subido de tono para mí.

¿Qué hacer? Este pobre adolescente no tenía muy claro qué era eso del teatro, salvo que era algo que resultaba entretenido y que además se podía prohibir. ¿Cómo enterarme de qué iba de verdad el teatro sin esperar a la mayoría de edad? Tomé una decisión que marcó mi vida. Si no podía tomar la fortaleza por delante, lo haría por la retaguardia. Sí, me hice tramoyista y así pude entrar en *nuestro principal coliseo* por la acera del bar Niza y sin preguntas. Bueno, no intentaré a estas alturas maquillar mi biografía. En realidad, más que tramoyista en el Gayarre, yo era ayudante de utilería. Era el chico ese que a pie de decorado recoge los paquetes –que en



realidad no pesan— con los que la protagonista sale cargada de escena y los deposita bien amontonados en una mesita tras el decorado. El chico ese. El trabajo no era lo que se dice artístico ni bien remunerado, pero tampoco resultaba agotador. A cambio, me veía todas las obras que pasaban por Pamplona y además, varias veces, qué remedio. Bastaba con tener controlado el momento de los dichosos paquetes para entrar sigilosamente desde la platea y llegar a tiempo de auxiliar a la artista. Otra cosa era cuando la obra tenía *cambios*. Otra cosa distinta eran las zarzuelas y las revistas. Sobre todo las revistas con *las alegres chicas de Colsada*, que así se llamaba el célebre empresario que llenaba los camerinos y el escenario con sus músicos, sus *vedettes* (primera, segunda y tercera), los actores cómicos y una veintena de vicetiples con medias de rejilla. Todo eso, más sus baúles de mimbre llenos de plumas y lentejuelas en mediano uso y sus cajones con los telones pintados por delante y remendados por detrás en los que nunca faltaba una playa tropical con sus palmeras inclinadas y su sol amarillo en lo alto de un cielo azulcielo. La verdad es que, desde dentro, lo que se dice *glamour* en aquellas *revistas* había poco. Todo era un sinvivir de gente corriendo en función de tarde y en función de noche, gente a medio vestir que dejaba un inconfundible olor a maquillaje y sudor mezclado con dulzones aromas de oriente a granel. A esta mezcla humana se añadía también el olor a tomate frito. Sí, porque resultaba que a la vez que se desarrollaba la función de tarde, se estaba condimentando la cena de los tramoyistas del teatro en un cuartito minúsculo pegado al escenario. Era el cuarto de utilería en el que se guardaban objetos desportillados que lo mismo se utilizaban para ambientar un vodevil parisino que un sainete castizo. Todavía hoy, cuando veo números musicales ambientados en el Caribe siempre me parece percibir un tufillo a pisto manchego mezclado con los proyectores de alta tecnología y el humo de los efectos especiales. Palabra.

Pero yo me lo pasaba muy bien. Y aprendí muchísimo de aquellas compañías de verano que, tras acabar la función de noche, esperaban con las



maletas hechas a que se desmontara el decorado que llevaban en el mismo autocar para viajar de noche y poder *debutar* al día siguiente en Vigo. Unas compañías que explotaban los recientes éxitos de la cartelera madrileña –no había otra– con un reparto B hecho a posta *para provincias*. Cuántas veces me habré visto yo *La casa de las chivas*, aquel melodrama *bastante fuerte* de Jaime Salom que, además, tenía *cambio*, ya que en el entreacto bombardeaban la dichosa casa y había que ambientar a toda prisa el decorado con escombros y destrozos.

Así es que, entre dramones y vodeviles, zarzuelas y revistas, se fue construyendo mi aprendizaje teatral. De aquellas compañías aprendí muchísimo. Sobre todo de las malas, que me permitían analizar a fuerza de ver función tras función por qué aquello no funcionaba, y en cambio la risa o la lágrima estaban garantizadas en otras compañías nada más levantarse el telón. Sí, yo empecé a apreciar el teatro bueno a base de ver teatro malo. Como debe ser, llegué a valorar el jamón de bellota tras mucha mortadela sin aceitunas. Cervantes ya lo dejó escrito, aunque yo entonces creo que no lo sabía, que no había libro del que no se extrajera algo bueno. Yo lo aplicaba a cuanto teatro veía, aunque fueran trucos de actores desconocidos y resabiados haciendo trabajillos alimenticios. Recuerdo, por ejemplo, cómo en una *comedia cómica* –así se anunciaba para que no hubiera dudas– el primer actor luchaba sin éxito por controlar un repentino ataque de risa sobrevenido y que se acabaría contagiando al resto del elenco. La compañía se partía de risa sin poder continuar los diálogos y la comedia se paraba unos segundos. Mientras escenario y sala compartían aquella risa imparable, el público aplaudía a rabiar, lleno de complicidad. Pero resultaba que en la función de noche, al llegar el mismo momento, pasaba lo mismo que en la de tarde y al día siguiente otro tanto, nuevo parón en la misma escena. En mi etapa de universitario, cuando ya no leía a Casona y leía otras cosas por mi cuenta, me enteré de que lo que hacía aquel galán cómico con peluquín denteroso era más moderno y llevadero si yo le llamaba *ruptura de la cuarta pared* o *ejercicio de catarsis colectiva*.



Pero me estoy desviando y me voy a saltar otros capítulos existenciales. Está claro que el curioso que me preguntara por la razón de tan larga convivencia entre mi vida y el teatro no se merecería una perorata detallada y encima sombreada de nostalgia. Pocos de mis alumnos recientes la aguantarían. Volviendo a lo que importa, lo que en realidad aprendí siendo utilero vocacional en *el Gayarre* de los años sesenta, en aquel Caribe con olor a sofrito semiclandestino, era a poder mirar con igual fascinación las dos caras del decorado, la del arte y la del oficio, la del aplauso y la del autocar de madrugada, la de la mentira de dos horas y la de la verdad de toda una vida. Aprendí que una no existe sin la otra y que las dos, aunque diferentes, son grandes y se necesitan porque se complementan. Aprendí que el mejor aplauso siempre huele a sudor.

Esa fascinación me ha durado más de cuarenta años. Cuando de utilero pasé primero a actuar y luego a dirigir o a escribir, en cada momento del proceso, ya se tratara de los primeros ensayos o de representaciones rodadas, siempre me ha maravillado el milagro que permite crear casi desde la nada ese tiempo mágico en el que la mentira se va haciendo poco a poco verdad y actores y público jugamos o nos la jugamos sin ser capaces de distinguir con claridad dónde empieza y dónde termina la verdad de la risa – o la lágrima o la idea– que nos hace más humanos. Un milagro que cada día se produce con Shakespeare, pero también sin él.

Son las paradojas del teatro, tan lleno de contradicciones. Como yo, que disfruto con la Royal y también con el teatro aficionado –o profesional– flojillo. Esa es mi memoria del teatro, una larga memoria en la que al cabo de cuatro décadas todavía la ilusión sigue desplazando al escepticismo. Una memoria que he buscado compartir cada año con miles de adolescentes. Me consta haberlo conseguido con algunos. ¿El arma secreta? ¿Cómo hacer para pasar por alto que el paraíso terrenal también suele oler a magras con tomate? Sin más rodeos, tal vez el secreto a voces esté en la definición del teatro que dejó escrita Federico García Lorca: *el teatro es la poesía que sale*



*del libro para hacerse humana.* Humana, en todos los sentidos. Eso es el teatro. Y que me perdonen los bibliotecarios.

